

## *América española: Historia e identidad en un mundo nuevo*

Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ

En mis años de estudiante, en aquel Departamento de Historia de América que, tanto por razones universitarias como, en el mejor sentido de la palabra, políticas, habría merecido mejor trato, destacaban, entre un heterogéneo grupo de profesores, tres maestros: don Pedro Borges, que años después de su muerte sigue siendo el máximo especialista en historia de la Iglesia americana, don José Manuel Pérez Prendes, capaz de hacer atractiva una de las asignaturas a priori más áridas y autor de una de las más valiosas aportaciones realizada durante la conmemoración del Quinto Centenario, *La Monarquía Indiana y el Estado de Derecho*, y, por encima de todos, don Mario Hernández Sánchez-Barba. Entonces —no diré hace cuántos años porque no soy ni tan joven ni tan mayor como para reconocer mi edad— comencé a leer, con dificultad, las obras de este catedrático de la vieja escuela, la representación más completa de una forma de entender la Universidad hoy, lamentablemente, destruida. Sigo leyéndole como discípulo y amigo, con la inmensa ventaja de que ya no son las obras de un desconocido; en sus páginas muchas veces veo reflejadas anécdotas, lecciones y conversaciones que me confirman su principal característica intelectual: se trata de uno de esos raros historiadores que cuando hace Historia se pregunta por el sentido, la razón y el método de la disciplina. No se pregunta primero por esto y luego hace historia; hace historia preguntándose por esto. Aquí se apoya la riqueza y la complejidad de su obra.

Mario Hernández defiende un modelo de Historia analítica, una historia integral cuyo objetivo es la comprensión. Frente a la ilusa pretensión, todavía no extirpada en buena parte de la historiografía, de reconstruir (a partir de nombres, fechas y datos) el pasado, reivindica el oficio de historiador como el esfuerzo, nunca del todo alcanzado, por dotar de sentido la experiencia histórica del hombre. Busca aproximarse a la razón contenida en la historia, que nada tiene que ver con la pretensión, tan de aficionado de convertir en claves cuatro datos de la compleja estructura histórica.

Esto es lo que ha desarrollado, una vez más, en su último libro<sup>1</sup>. Entre el *Descubrimiento* (1492-1530) y la *Independencia* (1780-1830), pretende caracterizar la América Española, considerando la demografía, los procesos de expansión geográfica y asentamiento, la institucionalización jurídica, el hecho político, las condiciones de lo social, el desarrollo económico, las mentalidades y las manifestaciones culturales.

Comienza afirmando que 1492 tiene un valor meramente de referencia. Rastreando sus orígenes en las tendencias hacia la unidad política que impulsa, desde 1369, la entronización de los Trastámara, en la vocación marinera de Castilla y en la capital importancia de la incorporación de las Canarias, el *Descubrimiento* es tarea de una generación bajo la dirección de la Corona.

Si descubrir es conocer algo antes desconocido, el *Descubrimiento* no es un hecho, es un proceso, desarrollado, por lo menos, entre 1480 y 1530 y, por supuesto, no es obra de Colón, al que sitúa en su auténtica dimensión partiendo de Enseñat, *El Cristóbal Colón histórico: de corsario genovés a Almirante Mayor de las Indias*, y, sobre todo, de Manzano y Manzano, cuya obra reivindica una historia racional (dotada de lógica y lógicamente explicable) frente a la inutilidad de una historia positiva que, cerrándose sobre el documento, se hace incapaz de establecer el sentido de los hechos humanos. Así, se insiste en la existencia del piloto anónimo y lo que implica de superación de una historia que, en gran medida por empeños positivistas y nacionalistas decimonónicos, se centró en el individuo.

Cuanto hizo Cristóbal Colón queda enmarcado en la Monarquía española, que fue quien le protegió, aceptó sus condiciones, estableció los supuestos necesarios para el éxito de la empresa e integró al genovés en el funcionariado estatal.

La Monarquía actúa como una macroinstitución con un triple objetivo: conseguir una organización jurídicamente establecida, objetiva y duradera, definir un poder supremo independiente de cualquier otro y desenvolver una política sobre un grupo humano para conseguir unos fines de orden natural. Como

---

<sup>1</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *América Española. Historia e identidad en un mundo nuevo*, Madrid, 2012, Trebede.

resultado, constituye la primera, y única, monarquía universal en la modernidad, el primer sistema de intercambio a escala mundial, la primera sociedad a larga distancia del centro político común y, sobre todo, la primera empresa política, espiritual y evangelizadora, que incorpora el continente americano a Occidente.

Establecido este fundamento la obra se divide en tres partes, que se corresponden con los tres siglos del dominio español en América, sin ignorar que si el historiador necesita dividir el tiempo, esta necesidad es metodológica —se une al problema de establecer el orden expositivo—, pues divide lo que, en esencia, es un *continuum*, en el que lo esencial es el cambio.

El orden expositivo se construye, con toda la complejidad de lo real, sobre los vaivenes nacidos de la realidad europea (fallecimiento de la reina Isabel, regencia de don Fernando, ignorancia de Carlos I...), la heterogeneidad de protagonistas a ambos lados del mar (Colón, casi un buscavidas; Pedrarias Dávila, un funcionario gris sin mayor horizonte mental; Cortés, un osado que roza la talla de estadista; la pasión desbordada de Las Casas; la serena y profunda originalidad de Francisco de Vitoria ...); las relaciones entre los individuos y las estructuras sociales (¿cómo se relacionan, por ejemplo, las tensiones de Pedraria Dávila con Vasco Nuñez de Balboa y, por otra parte, los antagonismos entre colonos veteranos y recién llegados?), entre los proyectos y las posibilidades, entre las ambiciones individuales de tendencia señorialista y los planes estatales; las necesidades económicas entre la puesta en producción y la rentabilidad; la heterogeneidad étnica originaria; la dureza y brutalidad de la experiencia y, la muchas veces ignorada, pese a la radicalidad de su importancia, inmensidad de las dimensiones geográficas y poblacionales de lo americano, que dota de grandeza a la hazaña e impide la completa constitución de una autoridad central.

De este modo, la primera parte del libro (*De las Indias occidentales a la América Española: los reinos americanos en el siglo XVI*), la más amplia, pues coloca los fundamentos de todo lo que se va a decir posteriormente, presenta el esfuerzo por *reconocer* el mundo nuevo, más allá de los objetivos colombinos, meramente de explotación (una factoría comercial levantada sobre supuestos totalmente falsos); la gobernación de la Española, marcada por los ensayos de consecuencias, no pocas veces, dramáticas, especialmente para la población indígena; la expansión continental y el asentamiento urbano, siendo la ciudad el eje de la vida comunitaria de los españoles y rechazando la simplificación de

hablar de conquista, término que sólo conviene para los casos mexica e inca, pero, en modo alguno, para el resto del continente, y la institucionalización americana.

Simultáneamente al conocimiento geográfico y al asentamiento y fundación de reinos y ciudades, se produce la institucionalización, con evidente sentido centralizador, un fuerte carácter ético, que se refleja en las Leyes de Indias, y un no menos importante ambiente crítico, cuya primera manifestación surge de la diferente interpretación que los «conquistadores» y la Corona dan a las capitulaciones. Los esfuerzos de ésta generan reacciones diversas: las actitudes de oposición al absolutismo no del Estado, sino de quienes lo representan (en este sentido Cortes se enfrenta a Velázquez); el incumplimiento de leyes, su suspensión por los funcionarios a quienes iban dirigidas o, en otros casos, su denuncia por la autoridad eclesiástica (el mejor ejemplo es la reacción a las *Leyes Nuevas* de 1542); la franca rebelión de Lope de Aguirre y la *actitud ética colonial*, que nacida, quizás, en el sermón de Montesinos, alcanza en la obra de Vitoria su primera gran manifestación.

La formación y el asentamiento de la sociedad fundacional se caracteriza, en línea con la tradición historiográfica analítica, desde la población a las mentalidades, pasando por la creación de ciudades y el régimen municipal; la crisis demográfica indígena, asociada a la extensión de enfermedades europeas, a los cambios en la economía nativa, a la utilización de los indígenas como mano de obra por parte de los europeos y al impacto social de la evangelización; el problema de la tierra y la mano de obra y las realizaciones económicas, con primacía del sector minero de consecuencia muy negativas para la sociedad hispana.

Entre las mentalidades constitutivas de lo americano, las tres principales manifiestan un terrible antagonismo: el *funcionario*, representante de los intereses de la Corona; el *conquistador*, constituido a partir de la colosal circunstancia geográfica, los libros de caballería, los mitos ambientales, la codicia, el factor religioso y, su más acusado rasgo, el afán de honra, es decir, la ambición de entrar en la nobleza, que le llevará a situaciones de frustración, y el *clérigo regular*, que, tras sus primeras experiencias, nacidas de un fuerte grado de intransigencia religiosa, caminará hacia el conocimiento de la cultura indígena y al acercamiento y comprensión de su protagonista.

Culmina la primera parte con una caracterización de la cultura nueva, el desarrollo de la identidad hispanoamericana. Sobre el principal bien que sostiene la tradición hispanoamericana —la lengua— se afirma la impresionante dimensión de esta cultura, reflejada en personajes tan variados como valiosos: Vitoria, Cortes, Matienzo, Fernández de Oviedo, Acosta ...

No existen entre el siglo XVI y el XVII (al que se dedica la segunda parte: La sociedad hispanoamericana en el siglo XVII: criollismo y sensibilidad barroca) novedades apreciables en el orden político institucional, aunque sí de otro tipo. En el orden religioso, progresa la evangelización y la organización de la Iglesia. En el económico, al tiempo que se desarrollan los grandes latifundios, laicos y eclesiásticos, y se camina lentamente hacia una economía de plantación que culminará en el siglo XIX, se manifiesta una situación de ruina. El estado español del XVII sacrificó la economía a la Hacienda y los intereses de sus súbditos a sus propios intereses, quebrando el principio básico del bien común. Como consecuencia se favorece la regionalización, el contrabando y, como respuesta, unas «suicidas medidas represivas», junto a la desmoralización y anquilosamiento de la burocracia.

En el orden social, profundizándose las mentalidades estructuradas en torno a la aspiración a la nobleza, la riqueza y el trabajo, el mestizaje cobra importancia y, como consecuencia, se origina una sociedad de castas, donde el criollo empieza a afirmarse frente al mestizo, al indio y, más lentamente, a los grupos funcionariales.

Se camina hacia la madurez de la sociedad americana. Este caminar se refleja brillante en la cultura barroca criolla, a la que se dedican quizás las mejores cien páginas del libro.

La tercera parte (*La América española en el siglo XVIII. Reformismo, Ilustración y política internacional*) se enfrenta desde la nueva situación internacional, los problemas estratégicos nacidos de ésta y las dos direcciones de la política carolina: una afirmación continuada del Estado, libre de la impregnación de cualquier interés de casta o de cualquier índole de privilegios, que, en América, busca la integración de la sociedad criolla con la Corona y, al mismo tiempo, el reforzamiento de la estructura de vinculación entre España y la América española por medio de la defensa del comercio, el fomento de la producción y una coordinación defensiva.

En definitiva, considera el profesor Hernández Sánchez-Barba, el ambiente en que se desarrolló en Hispanoamérica la Ilustración, sin implicar una brusca ruptura con tendencias y corrientes culturales de los dos siglos anteriores, ni tener un origen foráneo, nos pone en presencia de una sociedad de alta cultura, de espíritu crítico, muy abierta a las novedades y en la que, sobre todo, alcanza una importante consideración la mentalidad mercantil.

Diferenciando emancipación de independencia, la obra culmina en torno a la caracterización de cuatro procesos: la madurez social de la América española, caracterizada desde la vida social, la opinión pública y el ocio, y reflejada en la Ciudad de México que, por entonces, no tenía, en opinión de Humboldt, parangón alguno ni en América ni en Europa; los efectos, más que las intenciones, de la política de Carlos III; el deseo de acceso al poder político por parte de los criollos, que han ido creando un sentimiento sobre una base más telúrica que étnica y chocan con la mentalidad colonial hispana, y el desarrollo del ciclo revolucionario burgués.

Distingue la independencia, como ruptura política circunscrita al periodo 1808-1826, de la emancipación, el proceso de maduración social que posibilita, cuando las circunstancias lo demandan, la ruptura política. Un largo proceso que, en gran medida se inicia en la fundación política de los reinos americanos y en los esfuerzos intelectuales por comprender la realidad americana.

Si toda la obra se construye como una brillante comprensión, donde se encajan con precisión las referencias a los más diversos autores, a los que se cita y con los que, a veces, se discrepa, otro elemento completa el cuadro: el peso decisivo de la Compañía de Jesús como definidora, quizás principal, del mundo cultural americano.

Presenta, a modo casi de epílogo, el difícil proceso de aproximación entre España y América desarrollado en el último siglo, en el que, en mi opinión, ha jugado un papel decisivo la profunda labor de investigación histórica construida a ambos lados del atlántico y en la que el profesor Hernández Sánchez-Barba ha sido un destacado protagonista.

Concluyendo me acuerdo de una vieja anécdota. Hace unos años, asistimos don Mario y yo a una conferencia de un joven colega. Al concluir ésta, don Mario le saluda y felicita: «Envidio a sus alumnos por la sencilla claridad de sus exposiciones». Perfectamente pude entender que la palabra sencilla no escondía un

elogio. Es la mayor crítica que puede hacerse a un historiador. *América Española* no es una obra sencilla; la realidad es compleja y *aproximarse* a ella no lo es mucho menos. Por eso, me permito citarle por última vez hoy: «A través de la lectura de la obra del padre Cobo —escribe el profesor Hernández Sánchez-Barba— el mundo aparece, más bien, como una apertura ilimitada, como un campo pragmático de posibilidades para el hombre, que éste no tiene que experimentar o descubrir desde fuera, sino desde dentro, es decir, en la misma existencia mundana que le inscribe».

Sustituyan, sin más, al padre Cobo por don Mario Hernández.